

MARCOS 9,2-13

TEXTO

«²Y, seis días después, toma **Jesús** a **Pedro**, a **Santiago** y a **Juan** y los sube en privado, a ellos solos, a un monte elevado.

Y fue transfigurado delante de ellos; ³y su ropa se volvió *resplandeciente, blanca* en extremo, como ningún batanero sobre la tierra podría *blanquearla* así.

⁴Y se les apareció Elías con **Moisés**, y estaban hablando con **Jesús**.

⁵Y, respondiendo, **Pedro** dice a **Jesús**: “Rabí, bueno es estarnos aquí; hagamos tres tiendas, una para **ti** y otra para **Moisés** y otra para **Elías**”. ⁶(Porque no sabía qué respondía, porque se habían atemorizado).

⁷Y vino una nube, cubriéndolos con su sombra; y vino una voz desde *la nube*: “Este es mi Hijo amado; escuchadlo”.

⁸Y, de repente, mirando alrededor, no vieron a nadie excepto a **Jesús** solo con ellos.

⁹Y, al descender del monte, les ordenó que no contaran a nadie lo que habían visto hasta que **el Hijo del Hombre** hubiera *resucitado de entre los muertos*.

¹⁰Y guardaron para sí la palabra, discutiendo entre ellos qué era eso de ‘*resucitar de entre los muertos*’.

¹¹Y le preguntaron diciendo: “¿Por qué dicen **los escribas** que **Elías** debe venir primero?”.

¹²Pero él les dijo: “**Elías**, al venir primero, restaurará todas las cosas. Pero ¿cómo está escrito sobre **el Hijo del Hombre** que sufra muchas cosas y sea despreciado? ¹³Pero os digo que **Elías** ha venido ya, e hicieron con él lo que quisieron, como está escrito de él”».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (9,2-8)

.- La profecía de Jesús a algunos de sus seguidores acerca de la revelación del «reinado de Dios que vendrá en poder» al cabo de poco tiempo (9,1) va inmediatamente seguida por su transfiguración gloriosa ante tres de sus discípulos: esta experiencia es así un cumplimiento parcial de aquella profecía. El pasaje es una composición simétrica con una estructura quiástica:

A: Jesús solo con los discípulos (9,2a)

B: Transfiguración (9,2b-3)

C) Aparición de Elías y Moisés con Jesús (9,4)

C') Pedro sugiere hacer tres tiendas para Jesús, Moisés y Elías (9,5-6)

B') Voz del cielo, que interpreta la Transfiguración (9,7)

A') Jesús solo con los discípulos (9,8).

Nuestro pasaje se mueve desde un acontecimiento visionario (9,2-4), junto con *la valoración equivocada* de su significado (9,5-6), hasta una *interpretación correcta* (9,7).

.- 9,2-4: El relato comienza cuando Jesús escoge a tres de sus discípulos, Pedro, Santiago y Juan, para una revelación especial y los conduce a la cima de una montaña elevada (9,2a). Marcos revela que esta experiencia en la cumbre ocurrió «seis días después»; es probable que este detalle sea simbólicamente importante y que sugiera una semejanza entre Jesús y Moisés, conocido por haber ascendido al monte Sinaí después de esperar seis días (Ex 24,16). Este es el primero de un cierto número de paralelos entre nuestro pasaje y las tradiciones sobre Moisés.

El paralelo con Moisés continúa en el siguiente paso del relato, la descripción de la transfiguración misma (9,2b-3), ya que Moisés también se «transfiguró» en una montaña: cuando bajó del Sinaí tras su segunda estadía allá arriba, su cara brillaba tanto que la cubrió con un velo para proteger al pueblo (Ex 34,29-35). Pero Marcos, a diferencia de Mateo y Lucas, no describe como radiante la faz de Jesús, sino únicamente su ropa. Así, la vestimenta brillante y celestial no evoca a Moisés sino a Adán: la «vestimenta de gloria» de Adán era un tema de inmenso interés entre judíos y cristianos en este periodo; entre esas especulaciones estaba la creencia de que *el Mesías recuperaría en el tiempo final las gloriosas vestiduras de Adán*. El «llamativo» ropaje de Jesús evoca también la vestimenta de los reyes en ocasiones importantes, en especial la entronización. Así pues, la deslumbrante vestidura de Jesús es un *código pictórico* que sugiere su estado como *nuevo Adán y rey mesías* en camino hacia su entronización.

En el versículo siguiente, Elías y Moisés aparecen de repente y los asombrados discípulos los ven conversando con Jesús (9,4). Marcos no nos dice de qué hablaban los tres; la fascinación no parece consistir en lo que se dijeron entre sí, sino simplemente en la capacidad de Jesús para entablar una conversación con estos dos héroes bíblicos. Así pues, la atmósfera entera es de ensueño. Jesús, Moisés y Elías parecen existir en un plano peculiar, separado de los tres mortales que miran como de lejos, atónitos.

El insólito orden «Elías-Moisés» (Moisés era más antiguo y más importante) refleja probablemente la mayor importancia de Elías en *contextos escatológicos*. Según el Antiguo Testamento, Elías fue trasladado al cielo en vida (2Re 2,11). Pero si Elías y, según algunos, Moisés no habían muerto en realidad, podían volver fácilmente a la vida visible y se esperaba que lo hicieran así justo antes del tiempo final (el *eschaton*) como un signo de que el universo entero estaba a punto de entrar en ese estado de inmortalidad en el que ellos mismos vivían ya. De ahí que la aparición repentina de «Elías con Moisés» sugiera que *la Transfiguración es una anticipación de la ola de gloria divina que estaba a punto de inundar la tierra*.

- 9,5-6: Por tanto, lo que experimentan los tres discípulos es *un anticipo de la gloria de la resurrección de Jesús*. Y asimismo la vuelta de este a la vida apunta hacia la resurrección general de los muertos (cf. 9,9-10). Se esperaba entre los judíos que cuando tuviera lugar ese último acontecimiento, cuando el reinado de Dios viniera en poder (cf. 9,1), no solo el mesías sino toda la humanidad redimida, representada por Adán, recuperaría el esplendor perdido por la caída. No por casualidad, varias tradiciones judías y cristianas primitivas localizan el Paraíso en una montaña; por tanto, la localización de nuestro pasaje en la cima de un monte sugiere también una vuelta al Edén.

Es natural que Pedro quisiera prolongar su estancia en esta recreación del paraíso; interrumpe por ello el parlamento de las tres figuras sobrenaturales con el entusiasta comentario: «Rabí, bueno es que nos quedemos aquí» (9,5a). Pedro hace la sugerencia de que él y sus condiscípulos pueden erigir tres tiendas, una para Jesús, otra para Moisés y otra para Elías (9,5b). El comentario editorial de Marcos en el siguiente versículo marca la intervención de Pedro como un caso de *mal entendimiento* por parte de los apóstoles. Marcos parece considerarla un error serio. Probablemente este error no radica tanto en la idea de las tiendas sino en uno, o los dos, de los factores siguientes, a los que se refieren el principio y el final de la declaración de Pedro en Mc 9,5:

1) «Rabí, bueno es que nos quedemos aquí». La exclamación podría sugerir un reprobable deseo de permanecer en la montaña con Jesús. Tal deseo podría ser interpretado como un desacuerdo en el fondo con la orden divina, «escuchadlo» (9,7). Escuchar a Jesús significa acatar su instrucción de tomar la cruz y seguirlo (8,34), y ello significa bajar con Jesús del monte de la Transfiguración al valle de la debilidad, la necesidad y el dolor humanos (cf. 9,14-29), donde Jesús mismo perderá pronto la vida.

2) «...Una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». La incompreensión implica suponer una paridad entre Jesús, por una parte, y Moisés y Elías, por otra: aunque tanto Moisés como Elías sean en cierto modo los precursores de Jesús, el estatus de este supera al de ellos. Y Marcos ha rechazado ya dos veces la función de Elías como descripción adecuada de Jesús (6,15; 8,27-30), y en el siguiente pasaje el propio Jesús asignará la función de Elías a Juan Bautista, no a sí mismo.

.- 9,7-8: En la versión marcana la sugerencia poco aconsejable de Pedro queda sin efecto inmediatamente por dos actos divinos importantes, la aparición de una nube que da sombra a Jesús, Moisés y Elías, y el eco de una voz desde esa nube que identifica a Jesús como el Hijo amado de Dios.

La aparición de la nube (9,7a) rechaza la sugerencia de Pedro, a saber que él y sus discípulos monten unas tiendas en la montaña para dar abrigo a Jesús, Moisés y Elías; Dios no requiere compañeros humanos que se ocupen del bienestar de sus santos, sino que Él mismo envía su nube amable y protectora (cf. el empleo similar de «cubrir con su sombra» en Lc 1,35). Así pues, la nube que cubre a Jesús, Moisés y Elías no es solo una nube llena de la gloria de la presencia divina, que inspira temor, como la que Moisés tuvo en el Sinaí, sino también una nube protectora que demuestra que Jesús, como Moisés y Elías, es el Siervo de Dios. Esta sería una imagen importante para los cristianos hostigados de la comunidad marcana, ya que eran seguidores de un mesías muerto de un modo horrible e inesperado; esto les daría la seguridad de que Dios cuidaría de ellos: «Con sus plumas te cubre y bajo sus alas hallarás refugio» (Sal 91,4).

Pero Jesús no es solo semejante a Moisés y Elías; es también *más que ellos*, como aclara inmediatamente la voz divina desde la nube (9,7b). «Este es mi Hijo amado, escuchadlo». Por un lado, esta proclamación divina implica la continuidad de Jesús con Moisés y Elías ya que «escuchadlo» repite las propias palabras de Moisés sobre el surgimiento de un profeta como él (Dt 18,15.18). Por otro, la voz designa solamente a uno de los tres personajes, Jesús, como Hijo de Dios y esto es un título que insinúa una personalidad más importante que la de Moisés o Elías.

La conclusión confirma esta superioridad de Jesús sobre Moisés y Elías en la perícopa; de repente, los discípulos miran a su alrededor y no ven a nadie, «excepto a Jesús solo con ellos» (9,8). Los dos precursores del Maestro han desaparecido, conducidos al cielo, por lo que parece, por la misma nube que momentos antes los había cubierto junto con Jesús; luego, de repente, Jesús solo, una vez más como en un ensueño, aparece de nuevo al lado de los discípulos. A diferencia de Moisés y Elías, Jesús no pertenece solo al pasado y al futuro, sino que en el presente está «con ellos». Y así como su estatus como discípulos significa que han sido escogidos por Jesús «para que puedan estar con él» (3,14), de igual modo su elección incluye el privilegio de tenerlo *con ellos*, incluso en medio de los sufrimientos. La comunidad marcana puede ser invitada a seguir a Jesús hasta la muerte, pero aunque sea así, él estará con ellos, y la gloria que les mostró en la montaña se les aparecerá una y otra vez incluso en momentos en los que se encuentren tan asustados que no sepan qué decir (cf. 9,6; 13,11).

Sin embargo, el interés principal del pasaje no se halla en la naturaleza del discipulado, sino en *la persona de Jesús*. La transfiguración y la crucifixión constituyen *las dos caras de la identidad compleja*, divina pero humana, del Hijo. La historia de la Transfiguración acentúa notablemente el extremo brillante de esta polaridad. En verdad, en el momento presente del relato marcano, esta revelación alentadora de gloria cristológica queda restringida al círculo íntimo de los discípulos, pero pronto formará parte de su alegre proclamación al mundo. Esto ocurrirá, como indica con toda claridad el siguiente pasaje, cuando el «Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos» (9,9).

SEGUNDA UNIDAD (9,9-13)

.- Este pequeño diálogo no está hecho de una pieza. Se divide en dos secciones: 9,9-10, que trata de la resurrección de Jesús y 9,11-13, que trata de su relación con Elías. Hay una relación implícita entre estos dos temas ya que Elías aparece en un pasaje famoso del Antiguo Testamento como asunto al cielo todavía en vida (2Re 2,11). Pero el final de la perícopa vincula a Elías y Jesús más con el sufrimiento que con la resurrección gloriosa. En verdad, en el conjunto del pasaje hay una progresión desde la resurrección de Jesús (9,9-10) al advenimiento de Elías (9,11-12a) y de ahí al sufrimiento tanto de Jesús como de su «Elías», Juan Bautista (9,12b-13).

.- 9,9-10: El pasaje comienza presentando el escenario, camino abajo del monte de la transfiguración (9,9a). La perspectiva de una vuelta a la esfera pública induce a Jesús a prohibir estrictamente, a los tres discípulos que lo acompañan, contar lo que han visto hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos (9,9b). Esta es *la última orden* que afecta al «secreto mesiánico» en el evangelio y la única que lleva unida una restricción temporal; su posición en lugar tan preponderante sugiere que tiene una importancia programática y que las prescripciones anteriores podían entenderse de igual modo.

La resurrección de Jesús representa un momento absolutamente crucial, porque está relacionada con la nueva edad en la que se revelará plenamente el poder glorioso y vivificante de Dios en consonancia con las concepciones veterotestamentarias y judías sobre la resurrección general (cf., por ejemplo, Dn 12,1-3.13). En efecto, el libro de Daniel, que influyó de una manera tan decisiva en Marcos, utiliza con mucha frecuencia un lenguaje similar al que encontramos en Mc 9,9 para hablar de la necesidad de mantener el secreto hasta que venga la nueva edad: «Pero tú, Daniel, guarda en secreto estas palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin» (Dn 12,9; cf. 8,26; 12,4). Mc 9,9 sirve, por tanto, para unir la resurrección de Jesús con el momento decisivo escatológico.

Sin embargo, la orden de Jesús de guardar silencio deja confundidos a los discípulos. ¿Qué significa realmente que se pregunten entre sí «eso de resucitar de entre los muertos» (9,10)? ¡Lo realmente incomprensible, sin embargo, consiste en por qué ellos están tan confundidos! Es difícil de creer que muchos judíos del siglo I hubieran ignorado la idea de la resurrección; la noción está ya atestiguada en el Antiguo Testamento (Dn 12,2) y era una fuente importante de controversia entre las sectas judías del siglo I según los evangelios (Mc 12,18-27 y paralelos), los Hechos (23,6-8) y Josefo (*Ant.* 18,14.16.18). El problema de los discípulos pudo ser imaginarse el modo como los dos acontecimientos (la resurrección de Jesús y la resurrección general) podían relacionarse entre sí. Es evidente por 1Cor 15,20-28 que esta era una cuestión que ocupaba a los cristianos primitivos, pues lo que le interesa a Pablo en ese pasaje es establecer *el orden correcto* de las resurrecciones: primero Cristo, como una suerte de «primicia»; luego, en su «llegada», la de «los suyos» (es decir, los cristianos); finalmente, quizás, la de todo el mundo (cf. 1Ts 4,13-17).

.- 9,11-13: El interés por este problema de los tiempos finales o escatológicos ayuda a explicar el siguiente giro de la conversación. De improviso, los discípulos no formulan la pregunta que nos había dicho Marcos que estaba en sus mentes, a saber, el matiz exacto de «la resurrección de entre los muertos», sino: «¿Por qué dicen los escribas que Elías debe venir primero?» (9,11). Las expectativas de los escribas a las que los discípulos hacen referencia están basadas en un pasaje del profeta Malaquías que habla de la llegada de Elías «antes del día, grande y terrible, del Señor» (4,5 = 3,23). Su misión estaría orientada a *la reparación de la ruptura*, en las relaciones humanas que amenaza con devastar el planeta entero: «El hará tomar los

corazones de los padres hacia sus hijos y los corazones de los hijos hacia sus padres, no sea que venga yo y hiera la tierra con una maldición» (Mal 4,6).

Si esta fuera la función de Elías, asentar la sociedad humana, traer la paz y hasta reparar el universo, no habría necesidad alguna de que su sucesor, el mesías, sufriera y fuera rechazado, como está profetizado en las Escrituras: «¿cómo entonces está escrito acerca del Hijo del Hombre que debe sufrir muchas cosas y ser despreciado?» (9,12b). Las dos perspectivas bíblicas, en otras palabras, se contradicen entre sí y solo una de ellas puede ser sostenida inequívocamente. La solución es afirmar que Elías irá delante del mesías, pero por el camino de la muerte más que por el del triunfo convencional, «como está escrito acerca de él».

La misión del mesías sufriente tiene también consecuencias para la misión de Elías, tal como anuncia Jesús en la conclusión del diálogo (9,13). Si el Hijo del Hombre *debe ser un mesías doliente* y Elías, a su vez, debe ser el precursor del mesías, es obligado deducir que Elías mismo debe ser una figura que sufre: el siervo no está por encima de su señor sino que comparte su destino (cf. Mt 10,24-25 // Lc 6,40 // Jn 13,16). Por tanto, Jesús -en la línea conclusiva de la perícopa- afirma que Elías ha venido ya, y también que ha sufrido violencia por parte de los seres humanos.

Los lectores de Marcos entenderán indudablemente que esta figura sufriente, Elías, era Juan Bautista. Las líneas iniciales del evangelio (1,2-4) habían atribuido ya al Bautista un pasaje de Malaquías (3,1). Los lectores de Marcos habían tenido ocasión de leer posteriormente una amplia y detallada relación del encarcelamiento del Bautista y su ejecución por Herodes Antipas (6,14-29). Así pues, cuando oyeron decir a Jesús que «Elías había venido ya y que habían hecho con él lo que quisieron», identificarían casi con total seguridad a este Elías con el Bautista asesinado.

Sin embargo, la cadena de testigos sufrientes no va simplemente desde el Bautista hasta Jesús, sino que se extiende también al tiempo de Marcos. En el plan escatológico del evangelio, Juan proclama primero la buena nueva, es entregado y lo asesinan (1,4.7.14; 6,17-28); entonces Jesús proclama la buena nueva, es entregado y lo asesinan (1,14, etc.; 9,31, etc.); y finalmente los cristianos proclaman la buena nueva, son entregados y los asesinan (13,9-11). Así pues, los miembros de la comunidad marcana oirían el argumento exegético de 9,9-13 no como una lección académica sobre el pasado, sino como un mensaje crucial acerca de su propio tiempo.